

dre, entra también en la categoría de esas obras misericordiosas practicadas en secreto, y que no deben ser agradecidas. ¡Ah! por lo que hace al agradecimiento de ese bribón, que me lo claven en la frente. He podido colegir que Viera le ha presentado un antiguo crédito, obligación ó no sé qué de la célebre *Humanitaria*, y que hay dudas de si la tal obligación ha prescrito ó no legalmente. Veremos lo que resulta de esto.

Después de la visita del espadista, tenía Orozco la cara tan plácida, tan serena como siempre, y por ella no podía traslucirse que padeciese la más ligera agitación. Augusta, en cambio, parecía muy contrariada. ¿Será que no encuentre práctica ni conveniente, en los tiempos que corren, la santidad de su consorte? No lo sé. Algo más tengo que decirte; pero estoy muy cansado, chiquillo, porque... Vamos, te lo cuento si no lo dices á nadie. Estuve esta noche en casa de la Peri. No pongas el ceño de moralista empalagoso y cursi. Hemos ido á que nos echara las cartas. A ver, ¿tiene eso algo de particular? ¿Pues no va uno á las cátedras del Ateneo y de la Universidad, con objeto de instruirse? ¿Y acaso en estos templos de la sabiduría se encuentran unas chicas tan guapetonas como las que esta noche había en casa de Leonor? Amado Teótimo, todo es aprender, observar y cursar la difícil carrera de la vida; y eso de que vaya uno todas las noches á oír discutir sobre la Organización de los Poderes públicos, ó sobre lo que pasó en la época merovingia, empacha, créelo, empacha y embrutece. Es preciso echar una cana al aire, sobre todo antes de tenerlas... Con que, abur, que me voy al catre.

XXVII

30 de Enero.

Gordas y frescas, amigo Equis. La hermana de Federico, la gran demócrata y revolucionaria, se casa con su querido hortera, realizando así el soñado ideal de la concordia de las clases, de la reconciliación del pasado con el presente. ¿Qué tal? Ahí tienes á la señora realidad haciendo muy calladita lo que escribís en vuestros libros y otros dicen en sus discursos. Yo te pregunto: ¿precede la idea al hecho, ó el hecho á la idea? Pero dejémonos de averiguaciones, y vete enterando de la realidad. El chico que ha venido á entroncar su humilde nombre con el de los Vieras y Gravelinas, pertenece á una de esas honradas familias mercantiles, oriundas del valle de Mena, la verdadera antesala de la calle de Postas. Le llaman Santanita, y es simpático, de cara inteligente, guapín, modesto. Ha ido á suplicarme que intercediera con el señor de Orozco para obtener la plaza de tenedor de libros en una casa de banca, y te aseguro que me interesó aquel humilde representante del estado llano, que se abre paso, á codazo limpio, entre la turbamulta social.

Por lo poco que hablé con él, me pareció uno de esos caracteres que, bajo la capita de modestia, ocultan una voluntad decidida para marchar

impávidos hacia su objeto. Sabe arrimarse á los que pueden serle útiles; no pierde ripio, y olfatea donde guisan. La chica está depositada en casa de la viuda de Calvo (no la conoces, ni hace al caso), señora de campanillas, á quien el padre de Santanita sirvió de administrador, mayordomo ó no sé qué. Ha venido á menos, y vive de una pensión que le da Orozco. Ya sabe ese pillo de Santanita á qué árbol se arrima. Me ha dicho Tomás que no podía hacer nada por él; pero algo hará, tú lo has de ver. Ya voy conociendo las santas marrullerías de ese hombre sin segundo, que practica la hipocresía de la dureza de corazón. Todo su empeño está en que le tengan por insensible á las miserias y desdichas humanas. Pero lo que es á mí no me la da.

Bueno: quedamos en que el tal hortera es una diligente hormiga. Clotilde no podía aspirar á un Coburgo-Gotha, y cuando las cosas vienen rodadas, debemos tener por buenas las soluciones impuestas por el carácter nivelador de la época presente. ¿Qué tal? Estoy cargante hoy. Pues te diré: más lo está Federico, obcecado hasta el punto de asegurar que preferiría ver á su hermana muerta á verla casada con el pobre Santanita. Es que nuestro amigo lleva á todas las cosas el ardor del sectario, y es inútil intentar persuadirle. Ve el mundo por cristales muy subjetivos, y lo que para nosotros es natural, á él le parece monstruoso. La pavorosa *estrella con rabo* se marcha para otros mundos, cumplido al parecer el objeto de su aparición en éste; pero ignora la verdad de lo ocurrido entre él y Orozco. En el rostro de éste no he podido leer nada; pero el

de Viera resplandece con esa luz particular que encienden en nuestros ojos los triunfos de la voluntad. No me queda duda de que ha obtenido todo ó parte de lo que solicitaba. Augusta debe de saberlo; pero no se clarea, y cuantos esfuerzos hago para meter la nariz en este secretillo han sido inútiles. Pero hoy ha ocurrido algo que aumenta mi confusión, pues no sé cómo relacionarlo con los demás hechos conocidos para sacar la deseada luz.

Pues verás: anoche me dijo Orozco que no dejase de ir hoy á almorzar, que tenía que hablar-me. Figúrate si me apresuraría yo á ir. ¡Qué mañana tan deliciosa! Augusta amabilísima conmigo, como no lo ha estado nunca, muy alegre, y despidiendo chispas de gracia de aquella boca infernal... digo, celestial. He dicho infernal porque si no se la hizo el diablo, como una trampa para coger almas, no entiendo yo quién diablos se la pudo hacer. Tomás, como siempre, reflexivo y cariñoso, revelando esa quietud serena de las almas superiores, que han encontrado el suelo firme y se sienten bien plantadas en él. Por dicha mía, no almorzó allí ningún extraño más que yo. Ni siquiera estaba Calderón, que nos habría mareado lindamente contándonos alguna nueva versión del crimen. No se habló más que del bodorrio de Clotilde, de Santanita y de lo vividorcillo que es. Augusta censuró acerbamente á Federico por su disconformidad con las ideas dominantes en el mundo, su apego al antiguo y ya desacreditado prestigio de los nombres y de las clases. Orozco le disculpaba, asegurando que las ideas y el sentir de las cosas, acumulándose

en nuestra vida durante los años que empalman la juventud con la edad madura, forman un conglomerado de tal dureza, que es tontería pensar que ha de ceder ante las ideas y el sentir de los demás. Si Federico es así, no podemos nada contra él, y sólo conviene procurar que el bien se realice, respetando las ideas y aun las preocupaciones de cada cual.

Esto llevó la conversación al terreno en que nuestro buen amigo quería ponerla; y como yo notase en él cierto embarazo para abordar el asunto, le ayudé, y pude sacar en limpio lo siguiente: Orozco desea mi intervención para que Federico se decida á aceptar de él un beneficio, que no ha expresado todavía en forma concreta. La dificultad principal que surge es el carácter puntilloso de Viera, y su resistencia, no sólo á admitir cierta clase de favores, sino á declarar su pobreza y angustiosa manera de vivir. Para vencer esta dificultad es para lo que se recurre á mí, esperando que con diplomacia consiga yo doblegar el inflexible tesón de nuestro amigo. Orozco no ha hecho más que apuntar su idea, esforzándose en quitar valor á la generosidad que envuelve; y por lo que he podido entender, no se trata aquí de un donativo, que sólo serviría para apuntalar pasajeramente un presupuesto en ruínas: trátase de asegurar al favorecido un modo de vivir que le libre para siempre del molesto enjambre de usureros é *ingleses*, y le aparte de las *salas del crimen*. ¿Vas entendiendo?

Y ahora te pregunto tu parecer sobre caso tan extraño de protección, y sobre el intríngulis que esto pueda tener. Preveo que tu opinión es que

en el caso referido no hay ni puede haber más que lo aparente; un acto de generosidad, digno del alma elevadísima de mi amigo. Perfectamente. ¿Pero no se te ocurre enlazarlo con otra cosa? ¿Me entiendes, tonto? ¿No se te ocurre, como se me ha ocurrido á mí, buscar un hilo entre la intención cristiana del grande hombre y el objeto de ella, y seguir ese hilo cuidadosamente hasta descubrir que se enreda en la blanca mano astuta de una mujer? ¿No has pensado que el plan de Orozco pueda ser más sugerido que espontáneo? ¿No se te pasa por la cabeza que el conocimiento de dicho plan y de su determinación inicial podría darme la llave del arca en que se guarda el secreto que busco? ¿Crees tú que no hay tal relación? ¡Cuánto me alegraría de que me contestaras de una manera categórica!

Pero no me contestarás, porque no es posible sentenciar desde lejos un pleito tan obscuro y delicado. Dirás que esta sospecha mía nace de la mezquindad de sentimientos propia de la época, de la mala costumbre de señalar en todo hecho grandemente generoso móviles bajos. No: yo miro la acción por el lado de Orozco nada más, y admito que es un rasgo admirable; no quiero ver el consabido hilo; no quiero ver más que el acto noble y altamente cristiano, pues aunque existiera el móvil sugestivo que es objeto de mi inquietud, no por eso valdría moralmente menos el acto en cuestión. También en nuestra edad, dígame lo que se quiera, hay ejemplos de estupenda virtud, no inferiores á los de antaño. Eso de que ahora no se dan santos, es una tontería. No habrá martirios en el orden material; no habrá

aquellas penitencias rudas, brutales y calagurritanas; pero hay exaltación de las almas, hay fiebres de virtud, secretos entusiasmos por el bien, y sacrificios quizás mayores que los de otros tiempos, porque en los nuestros hay más materia que sacrificar.

Excuso decirte que aquella conferencia trastornó mis ideas, llevándome á decir con toda seguridad: «Malibrán no es.» Y si al pronto me fijé de nuevo en Federico, no he seguido afirmándolo, y me concreto á preguntármelo á todas horas del día y de la noche. «¿Será ese? Y si es, ¡con qué donosa perfidia me engaña! ¡No le perdono la doblez, no se la perdono!» Por cierto que hace diez días que no he hablado con él, ni he podido encontrarle en los sitios á donde habitualmente va. Esta noche me han dicho que le vieron en el Teatro Real en el palco de Augusta. Yo no le ví.

31 de Enero. —Anoche no pude concluir ésta porque me acometió Morfeo, y no tuve más remedio que echarme en sus brazos. Te la mando hoy con esta postdata que no deja de tener miga. Pues verás: hoy me ha hablado Villalonga con cierto misterio de unas palabras malignas dichas por Malibrán en casa de la Peri, en una cena que allí celebraron anoche. La cosa es grave. El *petit Talleyrand* se permitió algo más que esas reticencias que inspira el *champagne*, y de las cuales ninguna reputación está libre. Ya advinarás que las chinitas iban contra mi prima. Pues dijo, como quien no dice nada, que había descubierto la madriguera donde la muy hipó-

crita tiene su amoroso refugio. Lo más indigno es que de algunos días á esta parte ha dado en pegarse á Orozco y en adularle bajamente, y mañana se van juntos á las Charcas (el monte que Tomás posee más allá de las Zorreras) á cazar un par de días... ¡Figúrate cómo me habré puesto yo, con las ganas que le tengo á ese...! Mi primer impulso fué ir en su busca, pedirle explicaciones, pegarme con él si no me las daba... Pero lo he pensado mejor, y me guardo para otra ocasión las ganas de pelea. ¿No es verdad, amigo mío, que tú me aconsejas no hacer el paladín? Si eso lo hubiera dicho Malibrán delante de mí, pase que yo... Pero más vale que no haya sido en mi presencia, porque así me veo libre de disgustos y de la ridiculez que acompaña siempre al paladinismo. Tengo un humor de mil demonios.

XXVIII

3 de Febrero.

Querido Equis: no sé lo que me pasa ni cómo puedo escribirte, ni si entenderás estos garabatos. Mi mano no acierta á trazar las letras. La sorpresa, el pavor de esta misteriosa tragedia han desquiciado la máquina toda, y no sé lo que hago ni lo que digo, ni aun lo que siento. No te escribo para darte la tremenda noticia, que ya sabrás por los periódicos (hoy no se habla de otra cosa en Madrid). Te escribo para que no te inquietes, juzgando que podría tocarme alguna parte en las complicaciones de este asunto... No me toca más que el horror de que estoy poseído, la confusión espantosa que me acongoja más que el horror mismo... Ayer al mediodía, hallándome en la cama, sentí que me despertaban, sacudiéndome un brazo. Era Calderón: le miré entre dormido y despierto... Figúrate el efecto que harían en mí estas palabras que me dijo: «Levántate... ¿no sabes lo que pasa?... ¡Federico Viera asesinado!... ¡Su cuerpo encontrado hoy en un muladar, allá, no sé dónde!... Levántate.»

Creí soñar... Me revolví contra Calderón... Bromas pesadas... creí que eran bromas. Su cara consternada me hizo estremecer... El me iba echando la ropa encima de la cama para que me

vistiera. Yo me volví estúpido... No podía creer tamaña atrocidad... ¡Asesinado! ¿Y por quién? Es lo primero que se ocurre. Calderón me dijo: «¿Por quién? La justicia lo averiguará... ¡Pobre muchachol... todo el cuerpo lleno de balazos y cuchilladas...» Levantéme temblando, la garganta oprimida, sin poder hablar... «¿Dónde?— ¡Allá!...» ¡Valiente información! ¡allá! «Le han llevado al Depósito—añadió Calderón.—El juez amigo mío: no conocía al muerto; pero, por algo que se halló en su cartera, se supo su nombre. Me avisaron... Le reconocí. Miedo horrible, querido Manolo. El juez quiere identificación en regla. Vamos tú y yo... La hermana no lo sabe. Vamos.»

Todo se me volvía preguntar: «¿Pero quién le ha matado?...—Vete á saber... lances del juego quizás... amores... venganza... Vete á saber. Misterio. Yo no lo entiendo... Vamos. ¡Qué tran- cel!» El pobre Calderón estaba como trastornado. Yo más aún. Salimos, tomamos un coche, fuimos allá... Antes pasamos por el Juzgado de guardia: se nos unió un médico forense. ¡Qué día, Equis! Si mil años viviera, creo que no podría olvidar las emociones espantosas de ayer, la pavora que llenaba mi ánimo... Hoy me es imposible referírtelas: diría mil disparates, no acertaría á expresar cosa alguna con claridad... Si te escribo hoy es para que te tranquilices con respecto á mí. Estoy abrumado de pena y horror; pero nada más. Mañana, si logro tranquilizarme, te contaré todo... ¡Ay! presumo que habrá materia larga, más larga de lo que convendría. Necesito descanso. En veinticuatro horas no he podi-

do pasar bocado; sólo he tomado café y más café... Dormir, imposible. Aguarda un día para que te entere de lo que he visto y sentido... no de la verdad, que ignoramos. Estamos todos en completa obscuridad respecto al tremendo suceso. Adiós.

XXIX

4 de Febrero.

Yo no sabía lo que me pasaba, al recorrer en coche, con el juez, escribano y médico forense, la distancia entre el Juzgado y el Depósito. Los pensamientos que durante aquel viaje lúgubre asaltaron mi mente, querido Equis, no puedo ni debo comunicártelos, al menos todavía. Yo debí de preguntar á Calderón si nuestros amigos tenían ya noticia de la ocurrencia, porque él me dijo que Augusta se había puesto mala de la terrible sorpresa, y que al punto telegrafió á su marido, el cual se fué el día 1.º por la tarde á las Charcas en compañía de Malibrán y de no sé quién más. Indicóme también que Clotilde no sabía una palabra, que probablemente Orozco se encargaría de darle la noticia cuando viniese. No sé qué más me dijo, porque yo no me enteraba claramente de nada. A veces creía soñar; ansiaba llegar pronto, y á ratos lo temía; y cuando estuvimos cerca del Puente de Toledo y el juez seña-

ló el vulgar edificio del Depósito, sentí tal pánico, que por punto no me volví atrás. Me enfadaba que el forense, un viejo rígido y seco, sordo, completamente insensible ya, por su larga práctica, á las emociones de estos dramas judiciales, estuviese tan tranquilo, y nos contase con la mayor frialdad que en su dilatada carrera ha hecho dos mil y tantas autopsias. Me infundía horror y lástima aquel sujeto, cuya inteligencia no desconozco y cuya serenidad ante estas catástrofes he admirado al fin.

Dejamos el coche. Las piernas me temblaban. Entré el último de todos, para que la primera impresión de los demás, si alguna tenían, atenuara la mía... El forense sordo entró como puede entrar un cura en la sacristía para ponerse la casulla... Frente á la puerta, sobre una mesa, ví el cadáver de Federico Viera, no tan desfigurado como yo me lo imaginaba. Creí que una mano invisible me apretaba violentamente el cuello, ahogandome. No lloré ni podía llorar. El rostro de Federico parecía de blanca cera, con manchas violáceas; tenía los ojos medio abiertos, cuajados y sin brillo; la nariz afilada, la boca contraída, mostrando por un violento repliegue del labio superior los blanquísimos dientes. Vestía de levita: el pantalón y las botas llenas de fango; la levita enlodada también por el costado derecho. En mitad de la hermosa frente, una mancha roja del tamaño de un duro, cárdena en el centro: por allí había entrado la bala. Le habían desabrochado el chaleco, y se veía la camisa llena de sangre, ya seca en parte y oscura, en parte roja y fresca, formando cuajarones. El forense, señalando

el costado izquierdo por la cintura, dijo: «aquí hay otra herida de revólver. La bala está dentro.»

Procedióse á la identificación en forma legal. Calderón y yo declaramos, reconociendo en el muerto á nuestro amigo Federico Viera; firmamos, y nada más. En otras mesas más allá, había dos cadáveres tapados con un paño. El guarda los descubrió, y los ví con indiferencia, cual si fueran animales muertos. No podía apartar los ojos de mi infeliz amigo, y con todas las potencias de mi alma, en un instante de muda y patética tensión, le dije: «Cuerpo infeliz, recobra un soplo de vida, y dime quién te hirió, si fué alevosamente ó en riña...» Junto á mí la voz de Calderón y otras murmuraban no sé qué, ó discutían sobre si era suicidio ú homicidio. No apartaba yo los ojos ni la mente de aquel tristísimo espectáculo. El juez me preguntó si habíamos prevenido á la hermana del muerto, y entonces repitió Calderón que Clotilde no sabía nada aún, y que era menester decirselo. Me enteré de si podía yo presenciar la autopsia; respondieronme que sí, y que se haría en la mañana siguiente. Salimos con ánimo de volver, yo por lo menos... Aún me parecía pesadilla horrenda lo que veían mis ojos, y mi pensamiento volaba afanoso hacia las misteriosas causas, hacia la acción determinante de aquella muerte.

Al salir, vimos que se acercaba un coche. De él bajó una mujer. Era la Peri, vestida de trapillo, con mantón y pañuelo por la cabeza, guapísima, pálida como una muerta. Cuando nos vió, llegóse á nosotros: su rostro dolorido expresaba terror y sobresalto. «Leonorilla—le dijo Calde-

rón,—no entres, no entres, que esto no es para tí...» La pobre mujer me agarró el brazo, y me dijo en un tono que no olvidaré nunca: «¿Quién le ha matado? ¿No sabe usted quién le ha matado?»

El juez entonces le pidió sus señas para llamarla á declarar, y ella, después de dárselas, prorrumpió en exclamaciones: «¡Pobre niño de mi alma! Tan bueno, tan cariñoso, tan caballero, y tan persona decente... ¿Pero qué será esto? Lo que yo digo: faldas, faldas... ¡Ay! no tengo valor para verle...»

Apoyándose en el tronco de un álamo, derramó muchas lágrimas.

Allí se quedó. Desde lejos la miramos, sentada al pie del árbol, vuelta la cara hacia la puerta del Depósito.

Después quisimos ver el lugar donde apareció el cadáver, y atravesando todo Madrid, fuimos al paseo de Santa Engracia, más arriba de la Fábrica de Tapices, donde hay unas casas modernas muy hermosas. A la izquierda ábrese una calle en proyecto, cortísima, que sólo tiene un edificio á cada lado, y termina en terraplén, sobre un suelo mucho más bajo. Para llegar á éste, hay que descender un vertedero de tierra movediza. Aún había allí carros echando cascote y arena del vaciado de casas en construcción. A la derecha, vense chozas construídas con adoquines gastados, tablas, planchas de calamina; detrás de ellas, montones de basura; y delante de algunas, corrales cercados por baldosas rotas, tablas y alambres sustraídos á las plazoletas municipales; cubiles de cerdos entre los montones de paja; bastantes

gallinas picoteando aquí y allí. Todo aquello está en hondo, y debe quedar sepultado cuando los terraplenes iniciados por una parte y otra lleguen á unirse. En el centro de la hondonada corre un arroyo, por donde las aguas van á parar á la alcantarilla. Próximo al arroyo, y en la línea más avanzada de las tierras vertidas, encontraron el cuerpo. «Aquí estaba,» dijo el juez, señalando con el bastón una mancha oscura que podía ser de sangre. Los habitantes de las covachas dicen que sintieron un tiro á eso de las siete de la noche... Un muchacho asegura que vió venir á un hombre sin sombrero, por el vertedero abajo, y que hablaba solo.

—¿Y el sombrero no ha parecido?

—Pareció á la entrada de la calle, junto á la valla de la casa en construcción. Los vecinos no están de acuerdo en el número de tiros que sonaron. Algunos no oyeron más que uno; otro asegura haber oído dos, y no falta quien llegue á los tres y á los cuatro.

—¿Y atestiguan todos lo mismo?

—No: una muchacha habla de dos hombres, muy altos, muy negros, con unas barbas muy largas y los sombreros echados sobre la cara... sombreros de ala ancha.

—¿Y el arma?

—No hemos podido encontrarla todavía. El terreno es muy desigual, la tierra blanda y movidiza. Puede muy bien haber sido ocultada por los escombros que se han vertido esta mañana.

—¿Se ha interrogado á los habitantes de las casas vecinas, en el paseo de Santa Engracia?

—Sí; pero no dan ninguna luz. Los porteros

del 17 triplicado, que es la casa más próxima, no han visto ni oído nada.»

Discutióse sobre si fué suicidio ú homicidio. Uno de los presentes, que no sé si era el actuario, expresó la hipótesis de que el crimen se había cometido en otra parte, habiendo transportado el cadáver hasta arrojarlo por el vertedero. No sé por qué me pareció esto inadmisibile. Examinamos el suelo, en el cual vimos impresas tantas pisadas, que nada se podía leer en él. Alguien dijo allí que aquel sitio era, después de anochecido, muy solitario. Antes hubo en él una vereda que permitía pasar desde Santa Engracia á la calle de Trafalgar; pero han cerrado ya el paso con una valla, y ni un alma transita por allí de noche, á excepción de los habitantes de las chozas, los cuales tampoco toman la dirección del sitio en que apareció el cadáver, sino que se arriman á la derecha. No hay alumbrado en aquel sitio, ni cosa que lo valga.

Volvíme á casa. No pude almorzar. Sentía vivos deseos de visitar á los de Orozco, y al mismo tiempo dábame espanto la idea de entrar en aquella casa. ¡Oh, Dios! no podía apartar de mi mente la idea (¡terrible y misteriosa presunción!) de que Augusta sabe la verdad. No sé en qué orden de impresiones ó de corazonadas me había fundado yo, la noche antes de conocer el suceso, es decir, la noche misma en que debió de ocurrir la catástrofe, para dar por despejada la incógnita que tanto me atormenta, y decir con efusiva y franca convicción: «Federico es.» Como que al acostarme pensé escribirte mi primera carta en este sentido, diciéndote: *eureka*... Me acuerdo de

esto del *eureka*, y de los razonamientos con que me propuse apoyar mis conclusiones. ¡Qué lejos estaba de que mi carta primera sería escrita bajo una impresión trágica! Estoy aturdidísimo. Déjame que coja el hilo que se me ha escapado de las manos. Te decía que... ya me acuerdo... que no hay quien me quite de la cabeza que Augusta sabe la verdad. Yo quería observar aquella cara, aquellos ojos... ver si tiene entereza para ponerse la máscara, y cómo engaña con ella á los demás, pues lo que es á mí...

Entré temblando. Yo debía de estar como un muerto. El primero á quien ví fué Orozco, triste, pero sin perder aquella tranquilidad que tanto admiramos en él. No calificó el caso de suicidio ni de homicidio. Fuera lo que fuese, parecía atribuirlo á lances de juego. Acababa de llegar de las Charcas con Malibrán, y los dos refirieron la impresión terrible que les causó por la mañana el telegrama de Augusta participándoles el terrible suceso. Hablome después Tomás de la pobre Clotilde, y allí me enteré, no sé por quién, de que ya sabía la muerte de su hermano. Nos libramos, pues, del tremendo paso de darle la noticia. No me atreví á preguntar por Augusta, á quien no veía en el salón ni en su gabinete. Pronto supe que la desagradable sorpresa recibida por la mañana, cuando Calderón le contó el caso, habíale producido una fuerte jaqueca; hallábase acostada, y no quería ver á nadie. Comimos solos Orozco, Malibrán y yo. Cornelio era el único que tenía un mediano apetito; el santo comió poquísimo, y yo nada. Los tres callábamos. A mí se me humedecían los ojos á cada instante. El diplomá-

tico (digo esto haciéndole justicia) me pareció sinceramente apenado, y añadiré que por primera vez sentí dulcificarse la antipatía que siempre le tuve. Tomás y él hicieron elogios del pobre muerto, encareciendo su extremada delicadeza, su cariñoso trato, y lamentando que las irregularidades de su vida le hubieran llevado á tan triste fin. No pude conservar mi varonil entereza, y me eché á llorar como un chiquillo.

Llegaron después algunos de los concurrentes de abono, á quienes noté consternados, y como temerosos de abordar el asunto. Me parece (no puedo asegurarlo) que Villalonga y Malibrán cuchichearon en un largo aparte, mientras el marqués de Cícero me pedía relación circunstanciada de lo que ví en el Depósito. Hablé de esto lo menos que pude. Otra cosa reparé, y es que aquella noche no se habló de crimen. Bastante teníamos con aquella realidad fresca y que nos tocaba tan de cerca. Las emociones jurídicas del otro drama, antiguo ya y manoseado á fuerza de representaciones, perdían su novelesco interés. Cisneros no dijo una palabra del suceso, y observé en él una taciturnidad que por completo le desfiguraba, presentándomele muy otro de como le había visto siempre. El *Catón ultramarino* dejaba en profunda paz á la Administración de Cuba y á los picarones que van á explotarla. Todos los temas de conversación, tan vivos y apetitosos otras noches, se trocaban en insípidos fiambres. Pero el gran asunto, la novedad del día, les imponía miedo, y no osaban tratarla. Te repito que la morriña lúgubre de mi padrino me causaba no poca extrañeza. No era el mismo hombre; una de dos:

ó se ponía la careta, ó la arrojaba, mostrando su verdadera faz. Pero aún ocurrió algo que debía dejar en mi mente impresión más honda que todas las impresiones de aquel infausto día inolvidable, el 2 de Febrero, día de la Candelaria. Ten un poco de paciencia.

A eso de las once, díjome Orozco que Augusta quería verme. Sólo había pasado la señora de Trujillo, que ya estaba de vuelta en el salón, aguardando una coyuntura para echar con Calderón su parrafito *criminal*. Entré en la alcoba de mi prima. El ruido leve de mis pasos y de los de Orozco, que entró conmigo, me sonaba como si en mi vida hubiera oído rumor de pasos. Vi á la dama echada en una silla larga, bien tapadita. No había luz en aquella estancia, sino en la próxima, y por entre las cortinas apenas penetraba la claridad suficiente para que pudiéramos vernos las caras. Augusta me alargó la mano izquierda, mandándome sentar á su lado. Su marido le preguntó cariñosamente si se sentía mejor, y ella replicó que sí, preguntándole á su vez quién había venido y cual de los asiduos faltaba aquella noche. Un rato hablamos los tres del caso de Federico, siendo ella la primera que lo mentó, diciéndome: «¿Qué te parece esta tragedia?» Respondí con las frases de cajetín, procurando observarle la cara; pero la obscuridad me impedía distinguirla. Su voz sí que pude apreciarla bien. Tenía cierto temblor, una empañadura ó sordina que delataba profundísima turbación.

«Todavía no se me ha pasado el susto—dijo procurando templar su voz en un timbre claro.

—Esta mañana, al salir yo para misa, vino Pepe, y á boca de jarro me disparó la noticia. Precisamente me cogía de muy mal humor, porque pasé parte de la noche con la prima Serafina, que sigue muy grave. Me parece que la perderemos pronto. Pues figúrate: en tal situación de ánimo, un trabucazo así... Me afecté tanto, que no pude salir de casa, y á poco me entró jaqueca. No puedo oír hablar de gente que se mata ó á quien matan, sin que me ponga á dar diente con diente. Y cuando se trata de una persona conocida...

—¡Pobre muchacho!—indicó Tomás.—Tenía sus defectos como todo el mundo; pero también grandes cualidades.

—Cualidades que no son nada comunes, esa es la verdad—añadió Augusta mirándose.—Es realmente un dolor... Le apreciábamos como te apreciamos á tí, que eres de la familia. Tengo que advertirle á Pepe que aprenda á dar estas noticias terribles con más tacto y de un modo gradual, no de sopetón, como hoy... Me quedé muerta... Lo primero que se me ocurrió, como siempre que me siento apenada y nerviosa, fué telegrafiar á éste para que viniera. Tenía miedo de estar sola. Desde que te ví entrar esta noche (mirando á su marido cariñosamente), me pareció que se me disipaba el miedo. Voy recobrando la serenidad, y si se me hubiera quitado esta puntadita de clavo, estaría tan campante recibiendo á mis amigos...

Yo me condolí acerbamente del desgraciado fin de mi amigo, y Augusta dijo, ya con la voz más segura: «¡Dios le haya perdonado! ¡Pobrecito! ¡Qué extravíos, qué conflictos, qué desór-

denes de la vida le habrán llevado á ese desastrel»

No sé qué respondí. Pensaba en aquel momento que mi prima me había llamado para decir todo aquello delante de mí, como se trae á un testigo para dar fuerza legal á manifestaciones de importancia. Pensé también que aseguraba su coartada con aquello de acompañar á la tía Serafina. Orozco dijo que no debíamos aventurar juicio alguno sobre los móviles de la muerte de Federico, ni aun sobre la muerte misma, que hasta aquel momento permanecía envuelta en el misterio; y dicho esto, se fué, dejándome la impresión de que le preocupaba el suceso más de lo que á primera vista parecía. Cuando nos quedamos solos, Augusta introdujo diplomáticamente en la conversación una idea extraña al asunto capital de aquella noche. No sé qué me dijo de si se casaba ó no al fin con el artillero la chica segunda de Pez, y volvió á caer con repentino salto sobre el trágico tema, diciéndome: «¡Vaya, que esto da que pensar! Pero tú que eras quizás el único algo conocedor de las interioridades de su vida, ¿no tienes antecedentes para descubrir...?»

—Al enterarme de esta desgracia—contesté presentando la versión más vulgar para ver si la aceptaba con alegría,—pensé que alguna pérdida de juego ha podido ser la causa.

—¿Pero qué?—apuntó con viveza, huyendo, la muy pícara, de la trampa que yo le tendía,—¿está averiguado que fuera suicidio? Mira tú, juzgando sólo por impresión, yo me inclino á creer que no.

—Fácil es que la justicia lo ponga en claro; y si acaso resultase...

—Para mí—afirmó con aplomo interrumpiéndome,—lo que hay aquí es un choque por cuestiones de mujeres. Ya tienes noticia de las franquichelas escandalosas en casa de esa que llaman la Perri ó la Pera ó no sé cómo.»

Parecióme que daba este giro al asunto para despistarme, á fin de que yo no pudiera sorprenderle los pensamientos.

«Tú lo sabès—me dije llena el alma de amargura;—lo que pasó tú lo sabes, tú sola. Si alguien le dió muerte ó se la dió él mismo, tú lo sabes, porque delante de tí ocurrió la espantosa desgracia, como quiera que fuese.» En alta voz dije que no sospechaba que Leonor tuviera conexiones con el misterioso hecho, y ella repitió que en el mundo de mal vivir y en el juego, fatalmente combinados, hay que buscar siempre las causas de estos dramas. Yo le miraba el rostro, considerándolo como un espejo en cuya superficie la terrible escena había estado reproducida durante breves instantes. ¡Cuánto habría dado yo porque de la imagen aquella subsistiese algún rasgo en la cara-espejo! Pero si algo había, no me era fácil verlo á causa de la obscuridad. Ni podía tampoco examinar sus expresivos ojos, que alguna sombra fugaz reproducirían tal vez de lo que en la mente se conservaba fielmente estampado. Hube de reparar después que se movía inquieta, procurando envolverse mejor en su cachemira, y que en aquellos movimientos de precaución ni una sola vez sacó la mano derecha. Parecíame que la ocultaba entapujada.

«¿Qué tienes en esa mano?—le pregunté vivamente.

—Nada. Ayer me quemé un poco, lacrando una carta. Pero no es nada. Para evitar el roce, me defendí la quemadura con el pañuelo.»

Dió más explicaciones; pero lo que es la quemadura no me la enseñó.

«Pues verás—le dije después de una pausa: —si la justicia no descubre la verdad de lo ocurrido, yo la descubriré.»

Parecióme que no se inmutaba al oír esto. Por fin me contestó:

«Yo creo que la justicia lo pondrá bien en claro, Manolo. No te metas á polizonte, no vaya á pasarte lo que á esos que se proponen descubrir el crimen de la calle del Baño, y han armado ya un lío que nadie se entiende.»

Calló, y se puso á mirar al techo. Yo la contemplaba á ella sin pestañear. Hubo un instante, te lo declaro ingenuamente, en que me inspiró aquella mujer un horror que no puedo pintarte. Impulso sentí de arrojarme sobre ella, y echarle las manos al pescuezo, gritando: «Confiesa tu crimen; confiesa que por tu culpa ha perecido ese infeliz hombre. Revélame la verdad, ó te ahogo aquí mismo.» Desvaneciósese pronto aquel arrechucho, sin que llegara, por fortuna, á pasar de la idea á la acción. Pero mi exquisita impresionabilidad determinó al instante otro fenómeno anímico, y fué que me asombraba de haber amado á semejante mujer. No: en aquel momento, habría jurado yo que la aborrecía y la despreciaba con todas las fuerzas de mi alma. La pasión que sentí por ella se me representaba como uno

de esos estímulos de nuestro amor propio, que nos llevan á situaciones y actitudes enfáticas, de las cuales nos arrepentimos en cuanto caemos en la cuenta de que no arrancan del fondo efectivo de nuestro sér.

Hablamos luego de cosas indiferentes, y me retiré pensando que vivimos en una sociedad esencialmente dramática; sólo que el barniz de cultura que nos hemos dado encubre el drama en las esferas altas, dejándolo sólo descubierto en las inferiores.

Salí de allí con el alma destrozada, y me marché temprano de aquella casa, á la que empezaba á cobrar aborrecimiento.

Pasé muy mala noche... Mi cama toda llena de agujas.

XXX

3 de Febrero.

Asistí á la autopsia. ¡Lo de cosas que hay dentro de este mísero cuerpo humano! ¡Espantosa lección de anatomía! No la olvidaré mientras viva. El cadáver tenía varias contusiones y dos heridas de revólver: una en la frente, y otra en el costado izquierdo. En la primera, la bala atravesó el cerebro y fué á salir por la región occipital. Era mortal de necesidad. La segunda, que interesaba el hígado, también era mortal, aun-